

LÓPEZ VELARDE: DE ZOZOBRA A EL SON DEL CORAZÓN

MERCEDES ZAVALA GÓMEZ DEL CAMPO

EL COLEGIO DE MÉXICO. UNIVERSIDAD DE PROVENCE

Cronológicamente, Ramón López Velarde es contemporáneo de los modernistas; sin embargo, su poesía quiebra el modernismo e irrumpe en la modernidad. López Velarde no tuvo necesidad -como González Martínez- de "torcerle el cuello al cisne". Sus poemas no son el espacio donde se exalta la belleza oculta: ni siquiera de la provincia mexicana como muchos han querido ver y así reducir la obra poética del jerezano. Su poesía es el espacio de la plática, de la conversación. Su poesía nace del diálogo; de ahí la escisión respecto del modernismo. Los hablantes son dos sensibilidades de un mismo ser: un ser escindido, fragmentado; de la sangre devota al ser erótico.

El poema velardiano se convierte en una práctica dialogística compleja; dos mundos que conviven: la anquilosada provincia con sus mujeres, su comida y los domingos de misa y paseos por el zócalo; y en el tránsito de una guerra civil que lo fuerza a compartir la ciudad y la vida moderna (tan exaltada por los estridentistas), una nueva sensibilidad. Acaso estas sean las líneas generales de sus primeros poemas.

Con el correr del *minutero*, la evolución del poeta adquiere un tono complejo, a veces angustioso, ya que dialogan dos venas incompatibles: es un diálogo interior, un monólogo dramatizado en el que la única posibilidad de convergencia se halla en los versos. Él reconoce "una dualidad funesta", una síntesis de "el León y la Virgen". La complejidad de la poesía velardiana radica en que sus versos no alternan estas dos facetas de su espíritu, como pudo suceder en la poesía de Baudelaire, sino que aparecen simultáneamente. De ahí que esa conversación del poeta consigo mismo lo lleve al riesgo, al peligro, a la *zozobra*.

En las siguientes páginas reviso tres aspectos recurrentes: el viaje, el tiempo y la muerte, dentro del ámbito del monólogo dramático y tono conversacional de los poemas, especialmente del libro *Zozobra* (1919) y *El son del corazón*, libro que recoge poemas escritos entre 1919 y 1921 y publicado póstumamente en 1932. Así, pues, no tengo como fin aportar un descubrimiento en la poética de López Velarde, sino recuperar aquello tantas veces dicho y tantas olvidado: la originalidad del poeta radica no sólo en la innovación de imágenes y adjetivos (característica, por ejemplo, de Leopoldo Lugones, Nervo, el primer Darío, etcétera), sino en la fuerza del diálogo interior entre los dos hombres que alberga el alma del poeta; dos seres con un solo corazón, que late para dar vida a sendos espíritus y cuyo ritmo:

*¡Oh Psiquis, oh mi alma, suena a son
moderno, a son de selva, a son de priega
y a son mariano, el son del corazón!*¹

por no mencionar los ya referidos y conocidos versos del poema "Que sea para bien...": "Me revelas la síntesis de mi propio Zodíaco: / el León y la Virgen". En sus versos ocurre, como dice Octavio Paz, aludiendo a la similitud del mexicano con el francés Laforgue: "Un desdoblamiento del yo que habla en el yo que escucha"². Este diálogo constante introduce el

1) Ramón López Velarde, "El son del corazón" en *Obras*, 2ª ed., comp. de José Luis Martínez, México, FCE, 1990, p. 245. En adelante, sólo señalo el título del poema.

2) Octavio Paz, "El lenguaje de López Velarde" en *Las peras del olmo*, Barcelona, Seix Barral, 1971, pp. 67-74, p. 68.

prosaísmo como elemento esencial: por ejemplo, el constante encabalgamiento de los versos; y, también, la narratividad de los poemas en la medida que cuentan una historia, casi siempre reminiscencias autobiográficas: "Mi prima Agueda" en *Sangre devota*, "El viejo pozo" y "No me condenes..." de *Zozobra*, por citar tres ejemplos.

Xavier Villaurrutia -uno de los primeros en vislumbrar la profunda complejidad de sus versos- señaló a propósito de la vida del jerezano que:

*Desaparecido en el mediodía de su vida, la muerte no vino a derribar esperanzas, ni a segar promesas en flor, porque Ramón López Velarde había realizado ya las primeras y cumplido las segundas. Su viaje fue el perfecto viaje sin regreso.*³

La conciencia de la vida como viaje está plasmada en la poesía de López Velarde, especialmente en ese libro cuyo título evoca el tono angustioso del trayecto y su fin: *Zozobra*. Al respecto hay que destacar las recurrentes alusiones a la navegación marítima que no dejan de otorgar cierta particularidad dentro de la poesía velardiana si tomamos en cuenta que, en la realidad, el poeta jamás viajó ni tuvo cercanas embarcaciones, mares, ni ríos navegables; no hay más tierra adentro que Zacatecas, la ciudad de México y los pueblos por donde caminó López Velarde. Sin embargo, el poeta establece la analogía entre su vida y el viaje marítimo aprovechando la posible ambigüedad del término 'nave':

*No soy más que una nave de parroquia en penuria,
nave en que se celebran eternos funerales,
porque una lluvia terca no permite
sacar el ataúd a las calles rurales.
("Hoy como nunca")*

Su alma es el recinto rural ¿sencillo, austero? que alberga de manera simultánea y por un tiempo infinito la religión ¿lo sagrado? y la muerte; así, el poeta toma conciencia de quienes navegan con él y continúa la agitada trayectoria a pesar de que con el intenso paso del breve tiempo que vivió, el peso de los tripulantes sea mayor y el alma, la nave, esté a punto de *zozobrar*.

La vida es un viaje y en el trayecto el poeta se acompaña de sus dos impulsos:

*Mi ángel guardián y mi demonio estafalario,
desgranando granadas fieles, siguen mi pista
en las vicisitudes de la bermeja lista
que marca, en tierra firme y en mar, mi itinerario;*

acaso la "bermeja lista", una línea roja que marca su rumbo -como en un mapa de carreteras o una derrota para navegantes- alude también a las venas, a la sangre, sustantivo que posee una doble evocación: vida y muerte (como aquel "abrigo rojo" que otorga una delicia que "es mitad friolenta y mitad cardenalicia" de "Te honro en el espanto").

En otra ocasión, el poeta recorre su itinerario marítimo en un candil-bajel:

3) Xavier Villaurrutia, "Ramón López Velarde" en *Obras. Poesía. Teatro. Prosas varias. Crítica*, pról. de Ali Chumacero, recop. de A. Chumacero, Miguel Capistrán y Luis Mario Schneider, México, FCE, 1966, pp. 641-659, p. 644.

*¡Oh candil, oh bajel, frente al altar
cumplimos, en dúo recóndito,
un solo mandamiento: venerar!
Embarcación que iluminas
a las piscinas divinas
[...]*

*en tu irisada presencia
mi humanidad se esponja y se anaranja,
porque en la muda eminencia
están ancladas contigo
el vuelo de mis gaviotas
y el humo sollozante de mis flotas.
[...]*

*Candil, que vas como yo
enférmo de lo absoluto,
y enfilas la experta proa a un dorado archipiélago sin luto;
candil, herético esquife:
mis sueños recalcitantes
enmudecen cual un cero
en tu cristal marinero,
inmóviles, excelsos y adorantes.
("El candil")*

Si Ramón López Velarde se ve simbolizado en ese iris de prismas suspendidos de una cúpula cuya luz navega hacia un lugar seguro ("archipiélago sin luto") es porque sólo puede "venerar". El gusto y el sosiego que le proporciona la contemplación religiosa, la pureza espiritual, provocan un alto en su itinerario. Todo se detiene. Flotas y vuelo quedan anclados, varados. La otra vertiente del poeta, los sueños obstinados, pierden valor. Sin embargo, si López Velarde ha escogido a ese candil-bajel como símbolo, es porque al obedecer su único mandamiento: venerar; se pueden manifestar sus dos espíritus; las dos corrientes sanguíneas han de latir y venerar por igual, aunque parezca contradictorio. No en balde confiesa que:

*Dios, que me ve que sin mujer no atino
en lo pequeño ni en lo grande, diome
de ángel guardián un ángel femenino.
("La ascensión y la asunción")*

Haciendo de Dios un cómplice de la vitalidad de su doble torrente o queriendo justificar la naturaleza de su debatida lucha. De ese viaje en cuyas evocaciones el tiempo breve o largo, resulta inacabable debido a la intensidad con que se vive:

*Lágrima de infinito
que eternizaste el amoroso rito;*

y esa misma intensidad, es la que permite que el alma goce y sufra en cada tramo del agitado trayecto:

*Lágrima en cuyos mares
goza mi áncora su náufrago baño
[...]*

*lágrima en que navegan sin pendones
los mástiles de las consternaciones.
("La lágrima")*

Sin tener, siquiera, la esperanza de un final sosegado porque:

*Ya mi lluvia es diluvio, y no miraré el rayo
del sol sobre mi arca, porque ha de quedar roto
mi corazón la noche cuadragésima,
[...]*

*mi vida sólo es una prolongación de exequias
bajo las cataratas enemigas.
("Hoy como nunca")*

López Velarde se sobrecoge al percibir el paso del tiempo; parece temer a la vejez y, con ella, a la tranquilidad:

*Cuando me sobrevenga
el cansancio del fin,
me iré, como la grulla
del refrán, a mi pueblo,
("Humildemente")*

Cabe precisar que en el México que vivió López Velarde, la distancia económica, cultural, cotidiana, etc. , entre la ciudad de México y los pequeños pueblos de la provincia era enorme, insalvable. Vivir en uno u otro sitio implicaba forzosamente una percepción distinta del tiempo. El abandono de los pueblos por cientos de familias que emigraron a la capital para evitar y olvidar los desastres de la entonces vigente Revolución mexicana fueron decisivos. De ahí que el poeta imagine a su pueblo como "una juguetería / que se quedó sin cuerda" y dedique un poema a la posibilidad del regreso titulándolo "Retorno maléfico".

Así pues, Ramón, el amante de la provincia mexicana, parece evitar volver a ella porque significa, por un lado, la vejez; y, por otro, la estática del tiempo. Y si el tiempo se detiene sobreviene la muerte. Entonces, López Velarde se decide por un singular *carpe diem*:

*Uno es mi fruto:
vivir en el cogollo
de cada minuto.*

En el que el fin se vuelve irrelevante, lo que importa es el instante:

*Que el milagro se haga,
dejándome aureola
o trayéndome llaga.
("Todo")*

Como ya dije, las ideas de viaje, tiempo y muerte aparecen íntimamente ligadas en la poesía del mexicano. En su libro *Zozobra*, la relación entre poeta y muerte parece hasta cierto punto inestable o desequilibrada: el poeta oscila entre una muerte que le acompaña y por la que siente si no pasión, sí una irremediable unión; y una muerte que vislumbra lejana, pero asociada con la vejez y la tranquilidad espiritual. En el primer caso, el poema más representativo es "Te honro en el espanto..." en el que Muerte y Amada se confunden:

[...]
*te honro en el espanto de una perdida alcoba
 de nigromante, en que tu yerta faz se arroba
 sobre una tibia, como sobre un cabezal;
 y porque eres, Amada, la armoniosa elegida
 de mi sangre, sintiendo que la convulsa vida
 es un puente de abismo en que vamos tú y yo,
 mis besos te recorren en devotas hileras
 encima de un sacrílego manto de calaveras
 como sobre una erótica ficha de dominó.*

En una fusión entre mujer, muerte y poeta que recuerdan los poemas "Nocturno en que habla la muerte" y "Décima muerte" que más tarde escribirá Xavier Villaurrutia. Los anteriores son versos que además de aludir a la entrega amorosa y explotar la vena erótica, la palabra "nigromante" es clave para comprender la idea velardiana de la posibilidad de transformación de su propio espíritu como si el poeta sometiera su alma a una alquimia continua. Asimismo, excluyen toda referencia religiosa, específicamente las relacionadas con la redención y la vida eterna del cristianismo.

El segundo caso, destaca una idea religiosa de la muerte. El poeta la contempla en un futuro lejano: el de su vejez (a la que nunca llegó pues murió dos años después, a los 33), habiendo vuelto a su pueblo y en una actitud de reflexión y oración:

[...]
*Abrazado a la luz de la tarde que borda,
 como al hilo de una
 apostólica araña,
 he de decir mi prez
 humillada y humilde,
 más que las herraduras
 de las mansas acémilas
 que conducen al Santo Sacramento⁴.*

4) El poeta alude a la fiesta de Corpus Christi que, en la ciudad de México, se celebra adornando los altares y las casas con "mulitas" hechas de paja y cargadas de sacos y frutas. Esta tradición obedece a una leyenda que cuenta que en tiempos de la colonia, un jueves de Corpus, se acercaban a la ciudad de México dos frailes con mulas cargadas de plata, víveres y el Santo Sacramento. A las afueras de la ciudad fueron asaltados por unos ladrones que, después de herir a los religiosos, pretendían llevarse a las mulas. Los frailes trataron de impedir el robo diciendo que llevaban el Santísimo Sacramento a la iglesia de Santo Domingo, los ladrones intentaron llevarse a las mulas pero éstas se hincaron y les fue imposible moverlas ni descargarlas.

Como si el poeta tuviera cierto remordimiento de conciencia, cierta necesidad de borrar una de sus facetas, la del León, y conservar la de La Virgen. Actitud que supone, además de la humildad, un arrepentimiento, por eso acepta la voluntad de Dios en el momento de la muerte:

*Todo está de rodillas
y en el polvo las frentes;
mi vida es la amapola
pasional, y su tallo
doblégase efusivo
para morir debajo de tus ruedas.*

En *Zozobra* funcionan estas dos vertientes, sin embargo, predomina la que manifiesta su "sangre devota" pues, a pesar de los poemas e imágenes que aluden a la muerte relacionada con el amor, el libro se cierra con el poema "Humildemente".

Ahora bien, en el corto trayecto de *Zozobra* a *El son del corazón*, se aprecia un giro en cuanto a la percepción de la muerte. La presencia del arrepentimiento y humillación religiosas perderá fuerza y se logrará un equilibrio entre los dos torrentes sanguíneos del poeta:

*No tengo miedo a morir,
porque probé de todo un poco,
y el frenesí del pensamiento
todavía no me vuelve loco.
("Gavota")*

A escasos meses de su muerte, el poeta optará por vivir -otra vez- de manera simultánea con sus dos convulsiones; de ahí que en su libro póstumo (*El son del corazón*) vuelva a sufrir y gozar la intensidad de cada minuto, incluso en el momento de la muerte en que, como antaño, necesite la presencia femenina y espiritual:

*Mas con el pie en el estribo
imploro rápida agonía
en mi final hostería.*

*Para que me encomiende a Dios,
en la hostería, una muchacha,
con su peinado de bandós;
y que de ir por los caminos
tenga la carne de luz
de los perones cristalinos.*

*Y que en sus manos, inundadas
de luz, mi vida quede rota
en un tiempo de gavota.*

Morir a un ritmo de "gavota" es morir al compás de una rápida música de dos tiempos en un baile de parejas: El poeta y la muerte, el poeta y Dios, el poeta y la muchacha, las dos facetas del poeta, las dos de su corazón.

Aunque López Velarde fue contemporáneo de varios de los modernistas, ni su poesía ni su espíritu actuaron regidos por la estética de Darío y Nervo. Ni siquiera del propio Lugones, pues en la obra del mexicano reconocemos más admiración por el argentino que su influencia.

Tampoco, por su época y su corta vida, podemos ubicar a López Velarde en la modernidad de los que le siguieron: los Contemporáneos. Acaso, al final de su viaje haya quedado:

*...colgado en la infinita
agilidad del éter, como
de un hilo escuálido de seda*

Suficientes fueron su minuto de poesía, de erotismo, muerte y religión para marcar un punto y aparte en la poesía mexicana y abrir una nueva veta para los jóvenes poetas de la modernidad.